

ensoñaciones. Homero esboza en su *Iliada* la trama de lo que los trágicos griegos analizarán en detalle: la venganza, la justicia, el orden, la culpabilidad, los amores y odios y, sobre todo, esa presencia terrible del hado o destino, que parece jugar con las vidas de los seres humanos a espaldas de las decisiones que éstos tomen. Pero será en la *Odisea* donde realidad e irrealidad, voluntad humana y rigurosas decisiones de la Divinidad, se van a fundir, creando un entramado que todavía hoy nos sorprende por su veracidad, por su poesía y, sobre todo, por la capacidad de despertar en nosotros mitos y símbolos. Ahora, el ser humano que pregunta y contempla desea ir *más allá*, como vimos en el pasaje de Dante. Por eso hará del mar un nuevo *espacio fundacional*. Un episodio como el homérico de las sirenas será su más radical expresión. Ahora el ser humano que quiere ir más allá, que desea saber del misterio, tiene que ser amarrado al mástil de una nave, pues no sólo corre el riesgo de perder su razón sino también su vida.

Es probable también que este pasaje homérico ponga de relieve una de las más antiguas aspiraciones de los habitantes de este mar: la de la búsqueda de la armonía, la de dar con una verdad (o con un *ritmo* o *sonido*) que deshaga los extremos, que quiebre la dualidad feroz que en cada momento divide al ser humano. En los orígenes de esta aspiración se halla otro poeta mítico de nuestro mar y sus peripecias: Orfeo. Hemos hablado de dar con una «verdad» o con un «sonido». Aquí tenemos, una vez más reflejadas las dos vías del conocimiento: la del corazón y la de la razón, la de la lírica y la del pensamiento, la de lo divino y la de las leyes que los humanos establecen. El poema, el canto, la plegaria, la salmodia, la música, el *ritmo*, en una palabra, serán los medios para lograr esa armonía que la vida habitualmente no proporciona. O para contrarrestar la fuerza del terrible Hado.

El hombre no canta u ora simplemente por «escapismo», para huir de la realidad sino para contrarrestar esa realidad, para comunicarse con lo Superior. El hombre necesita del poema, de la música, de la plegaria, para poner armonía en su cotidianidad, para limar excesos, para ponerse en sintonía con la Unidad que el Todo supone. «Todo es Uno y todo es diverso», había escrito Platón con unas palabras que más recuerdan las de los que griegos y romanos reconocían como gimnosofistas, es decir, los primitivos pensadores del Oriente.

A mi entender, algunos poetas de este mar han sido los que mejor han sabido armonizar su palabra con el mundo que les rodeaba. De Homero a Horacio, de Dante a Fray Luis de León, de Valéry a Seferis, de Jorge Guillén y Aleixandre a Espriu y Carles Riba, estos poetas han hecho del poema un microcosmos de armonía. Es como si el poeta hubiera apresado en síntesis, en imágenes (y siempre con la musicalidad debida) la verdad

de este mar. Hay, sí, un Mediterráneo de la guerra y de los viajes, del comercio y de la historia, pero el Mediterráneo esencial es el que nos revelan determinados poetas. Ellos no van a ignorar las tensiones entre razón y corazón, las preguntas, la ansiedad que supone vivir y, por supuesto, el fenómeno de la muerte, pero nos van a ofrecer todo esto filtrado por la experiencia de la contemplación, serenado por la experiencia de la contemplación, armonizado por la experiencia contemplativa. Sería abrumador recoger aquí ejemplos de cómo la palabra poética revela, armoniza y salva al hombre.

Hemos aludido a Fray Luis y recordemos que él, como Leopardi, también es un poeta que hace preguntas primordiales y esenciales, comenzando ya por esta primera de inspiración platónica: *¿Cuándo será que pueda/ libre de esta prisión volar al cielo...?* Y continúa Fray Luis:

*¿Las almas inmortales,
hechas a bien tamaño,
podrán vivir de sombra y solo engaño? (...)
¿qué norte guiará la nave al puerto? (...)
¿Qué tienes del pasado
tiempo sino dolor? ¿Cuál es el fruto? (...)*

Aunque persona nacida en tierras del interior, Fray Luis de León nos recuerda que el hombre que se halla en la órbita del *espíritu* mediterráneo es también en sus momentos de máxima armonía, el señor del *locus amoenus*. En él, ese contraste entre las acechanzas del mundo y la vida retirada es paradigmático. Desde su huerto de «La Flecha», en las orillas del Tormes, no hace otra cosa que propagar la experiencia horaciana y ésta, a su vez, la de los epicúreos y la de los bucólicos griegos. No es raro encontrar, como ya hemos señalado, esta profunda identificación con el ser y el mundo latinos en escritores de la Europa interior. Los límites de la mediterraneidad son muy difusos y, con frecuencia, lejos de las costas, el ser humano es consciente de sus últimas raíces, de sus orígenes. Así, por ejemplo, se da en el poeta cordobés Ricardo Molina, un Góngora del siglo XX, poeta central del grupo y de la revista *Cántico*, al que hoy el mundo editorial y la sociedad literaria tiene relegado al mayor de los silencios:

*Y ahora me doy cuenta, y esto es irremediable,
de que no soy un hombre de mi tiempo.
No, yo debí nacer en las islas del mármol,
cuyas playas doradas baña el Mediterráneo.*

Y el poeta no sólo se da cuenta de que pertenece, en el fondo, a otra realidad geográfica —la que las islas griegas representan— sino que incluso reconoce algo mucho más importante: que el *tiempo* que vive no es el

suyo, que hay otro tiempo más intenso, más sutil, más perdido, en el que la palabra del poeta fija su meta.

Insistiendo en los poetas andaluces, recordaba yo en el último de mis libros publicados, *Rafael Alberti en Ibiza. Seis semanas del verano de 1936*, cómo en el fondo de la experiencia de unas semanas pasadas por Alberti en Ibiza, en el verano de 1936 (y más allá del estallido de la Guerra Civil), se encontraba el reencuentro del poeta con un espacio fundacional, con el espacio ameno que él reconoció con gran verismo como propio de «una isla de Teócrito». Alberti es un poeta muy de nuestro tiempo y su vida se ha visto traspasada por ideologías y experiencias históricas, pero cuando en un libro como *Retornos de lo vivo lejano* tenga que evocar días de riesgos y tensiones, lo hará a través de versos como éstos:

*Era como una isla de Teócrito. Era
la edad de oro de las olas. Iba
a alzarse Venus de la espuma. Era
la edad de oro de los campos. Iba
Pan nuevamente a repetir su flauta
y Príapo a verterse en los jardines...*

Así que nos encontramos, en pleno siglo XX, con el poeta que tiene que fundir el mito (Venus) con el lirismo más arcaico (Teócrito) para no extrañarse, para no verse perturbado por la Historia y sus hechos, para explicarse el mundo, para salvarse de la terrible realidad. Venus, Teócrito, Pan, Eco, Príapo... Otra vez el espacio ameno, el mito, los arquetipos bucólicos: la presencia mediterránea y su ejemplo, tantos siglos después, fertilizando el nuevo tiempo.

Todo cuanto hay en los seres humanos de diverso y de tenso, lo deshará un poeta como Espriu en dos breves versos y, concretamente, en la utilización de una antigua, desgastada y, si quieren pensarlo así, tópica palabra: amor. Son dos versos que fijan de manera extraordinaria la realidad diversa y unificada a la vez que, en su esencia, supone el espacio mediterráneo:

*Diversos són els homes y diverses les parles
i han convingut molts noms a un sol amor.*

(Diversos son los hombres y diversas las hablas
y han convenido muchos nombres a un solo amor.)

Ahora, el autor catalán ha tenido que hacer uso de un no menos antiguo remedio: el del amor de raíz cristiana que, como hemos dicho, es otro de los grandes hallazgos que se dieron a orillas de este mar. El propio Espriu nos había recordado que más allá de las ideas y de las lenguas de cada cual, en el Mediterráneo *manen el silenci/ i la solitud* («Mandan el silencio y la soledad».)

Espriu desvelará también, con gran delicadeza, los antiguos mitos de este mar, comenzando por el de Teseo, Ariadna y el laberinto. También rescata y fija uno de los símbolos de este espacio: el del cementerio. A él le dedicará de manera expresa todo un libro, *Cementeri de Sinera*. Como hará Valéry en *El cementerio marino*, Espriu nos recuerda que el cementerio y la muerte que éste contiene no son otra cosa que el reverso de la luz. Ahora el espacio en el que se hacen las preguntas no es ni un bucólico rincón de la naturaleza virgen, ni un templo, ni una pequeña ciudad colgada de un acantilado. Ahora, el espacio fundacional es el cementerio. De esta manera, la presencia de la muerte, el sentido trascendente la misma, no ha podido ser más dignificado. No olvidemos, por ello, que ese afán de trascendencia va más allá de toda necrofilia; no olvidemos que como en alguno de los poemas de Luis Cernuda, el cementerio sólo es, en el fondo, un jardín, otro jardín.

Así que, en su afán de contemplación, síntesis y amor, el poeta mediterráneo logra humanizar hasta la mismísima muerte. Nadie, en este sentido, logró hacerlo mejor que Dante y, concretamente, en estos sobrecogedores versos que asumen con piedad, hasta los últimos extremos, la muerte de la amada. El poeta llega a ver a la muerte en *Donna pietosa* como algo dulce por la simple razón de que la muerte ha estado en el cuerpo de su amada, ha tomado posesión de ella:

*Morte, assai dolce ti tegno;
tu dei omai esser cosa gentile,
poi che tu se' ne la mia donna stata.*

(Muerte, por algo muy dulce te tengo:
tú debes ser algo muy amable,
pues que has morado en el cuerpo de mi amada.)

Sin embargo, más allá de toda muerte, el poeta florentino también supo apresar la *soave armonia*, el *dolce tempo che riscalda i colli*. Todo cuanto hay de bello, de verdadero, de armónico, madurará entre una y otra orilla de su patria, entre Adriático y Tirreno, en las colinas de Florencia. El Renacimiento, ya lo hemos dicho —del que Dante será un avanzado precursor— será el fruto más logrado de ello.

Además de simple naturaleza, templo, cementerio o pequeño pueblo, el espacio fundacional que está colgado entre rocas, sobre el mar, o que cercan la soledad de las arenas de una playa, puede ser también representado por un eremitorio o monasterio. Otro poeta de este mar, el valenciano Juan Gil-Albert, anula toda muerte y neutraliza toda pasión en la meditación que hace junto a un monasterio griego. El monasterio y su espacio nos hablan de algo que está más allá de la muerte, del silencio, del sueño:

*...allí quiero entornarte
mundo de mi pasión, cual si una siesta
fuera a dormir en pleno mediodía.*

Vuelve a surgir, como vemos, el decisivo y sugestivo tema de la contemplación. Contemplación y meditación que se hacen incluso fuera de la tierra y de las costas. Un poeta como Seferis encontrará en el fondo del mismo mar esa verdad que Espriu halló en los mármoles y en los cipreses de los cementerios: un amor, ahora, no tanto de raíz evangélica sino pan-teísta, muy universalizado, cósmico si se quiere:

*En las grutas marinas
hay una sed, hay un amor
y un éxtasis
tan duros como las caracolas.*

De esta manera, lo más voluble y lo más engañosamente invisible es lo más fuerte y duro, pues tiene incluso la dureza de las caracolas: el amor. El amor de raíz cristiana, pero refundido con las verdades de la sabiduría oriental, es decir, universalizado, que se ensancha y difunde con las naves que van y vienen por este mar, con los viajes en concreto de Pablo de Tarso. Otro poeta griego, Ritsos, encontrará, por el contrario, el mar en lo más elemental, en lo más aparentemente burdo e inservible, en algo que, sin embargo, ya la psicología de Jung reconocía como «energía indestructible»: en las piedras. ¡Las piedras...! Otro de los grandes símbolos de las orillas de este mar. Las piedras muertas y las piedras vivas de columnas y dinteles, las de los geométricos edificios y las humilladas por la guerra, la maleza y el abandono de las ruinas fértiles, las piedras labradas y las piedras gastadas, las *piedras del amor* de Ritsos:

*....sentarnos en la piedra, y esperar;
esperar de nuevo, aspirando con placer
el humo del fuego de los muertos.*

¡Respirar con placer/ el humo del fuego de los muertos...! Estamos ante un lenguaje que nos recuerda el de otro autor que ya hemos citado, Heráclito. Leyendo a Ritsos recordamos aquel misterioso pensamiento de «el Oscuro»: «Las almas olfatean en la morada de Hades». Estamos, pues, por seguir utilizando la terminología de Heráclito, ante el lenguaje de unos hombres «enteramente purificados», es decir, de una sabiduría extremadamente decantada, secular, en el fondo de la cual —más allá de la contemplación, y de la serenidad y de la armonía que de ella se puede extraer— hay incluso otra armonía interior. También esto tenemos que subrayarlo con las palabras de Heráclito: «La armonía oculta vale más que la armonía

visible». Esta llamada tiene su reverso cristiano en las páginas más bellas del evangelio de Mateo: «entra en tu habitación, cierra la puerta y ora». Había nacido, sin más, la hora del conocimiento interior del ser, frente a aquellos otros dos en los que comenzamos reparando: el conocimiento de razonar en el ágora y el de sentir de los poetas y músicos.

Así que hay algo en el interior del hombre, algo que está más allá del hado y de esa muerte que, a veces, la tragedia griega nos ofrece con tan extremada crueldad. Algunos de los más preclaros creadores mediterráneos han sabido también deshacer, neutralizar todo mal, toda condena. Deshecho lo que María Zambrano ha llamado en feliz expresión el «nudo del trágico existir», el poeta mediterráneo vuelve a su serena contemplación en ese espacio fundacional en el que madura *il dolce tempo che riscalda i colli*.

Quizás, tras saber que la existencia no es otra cosa que asumir la muerte y utilizar la fuerza del amor, al escritor mediterráneo sólo le queda leer en los signos y en los símbolos de su mar. Primero, en aquellos que han sido fruto de la Historia y del carácter fundacional de la presencia humana: el muro, el pozo, la nave con sus velas y sus remos, los templos, los monasterios, los teatros, las ciudades. Así como, no lo olvidemos, las ruinas de todo ello. Luego, el hombre ha dispuesto de unos símbolos menos humanizados, pero mucho más sublimes, es decir, los naturales: el bosque, los rebaños, la isla, el ave, la fuente, las grutas, los jardines, los delfines, los astros, la propia mar y, sobre todo, la *luz*. Esa luz que —como hemos comenzado recordando— no sólo es una luz física que, a la vez, unifica y tornasola la realidad, sino la luz del conocimiento, la luz del sentir y del razonar por igual, la luz que habla —mejor que nada— de ese *espíritu mediterráneo* en el que creemos y debemos seguir creyendo, pues nos va en ello la vida, nos va en ello nuestra salvación.

Antonio Colinas